

El regreso del Joven Príncipe

Nueva edición ilustrada
A. G. Roemmers



«Como muchos otros que han leído *El Principito*, también yo sentí la sencillez de su mensaje y compartí la tristeza de Saint-Exupéry cuando este niño héroe, que había llegado a lo más profundo de mi corazón, se vio obligado a regresar a su asteroide. Muchas veces me he preguntado, como quizá tú también lo hayas hecho, lo que habría sido de este niño tan especial de haber seguido viviendo entre nosotros en estos tiempos. ¿Cómo habría sido su adolescencia? ¿Cómo habría podido preservar inmaculada la inocencia de su corazón?».

A. G. Roemmers.

«El regreso del Joven Príncipe» es una historia de ficción que nos cuenta el regreso a la Tierra del príncipe que ya no es niño, con la misma visión humanística y espiritual del mundo, sus habitantes y los valores básicos que lo sostienen. Un hombre que viaja solo en automóvil por las extensas y desoladas rutas de la Patagonia encuentra a un adolescente desvalido que resulta ser aquel príncipe ya crecido, que regresa a la Tierra. Los dos viajeros, tan dispares, entablan un diálogo profundo y sorprendente que va desnudando, con sencillez, los grandes interrogantes de la existencia. Así, el viaje se transforma en un auténtico recorrido espiritual que va de la inocencia a la madurez, de lo cotidiano a lo trascendente, y de la tristeza a la alegría y el entusiasmo de vivir. Un libro para todas las edades. Una historia profunda que nos acerca a los valores esenciales de la vida. Una lectura que no deja indiferente a nadie.

Este libro está dedicado:

A Jesús, el Cristo, la luz que me guía y el camino.

A mi abuela María Josefina Miller de Colman, a mi hermano Andreas Christian, a mis amigos Juan Ángel Saroba y Gerardo Leone, *in memóriam*.

A Antoine de Saint-Exupéry, por darme la fuerza necesaria para preservar la inocencia y la pureza del corazón.

A mis padres, que en el transcurso de los años han logrado que el amor se alzara triunfante.

A mis hermanos, mis queridos familiares y amigos, porque al compartirla con ellos se multiplica mi felicidad.

A mis maestros y a las dificultades que encontré en el camino, porque al moldear y templar el carácter, me permitieron descubrir mi espíritu.

A mis ahijados, porque me hacen contemplar el futuro con alegría y entusiasmo.

Al Joven Príncipe, por haber tenido otra oportunidad de ser feliz y no rechazarla.

Mi más profunda gratitud para todos aquellos cuyas palabras y cuya visión puedan verse, de algún modo, reflejadas en esta obra. Después de tantos libros, conversaciones, clases y publicaciones, no sería capaz de decir en qué medida ha contribuido cada uno de ellos a mi manera de pensar y de sentir. Creo que el mejor modo de expresar mi reconocimiento es compartir las lecciones que me han transmitido y que me han sido útiles cuando he tratado de aplicarlas. Junto con mis experiencias, forman los cimientos sobre los que, día a día, continúo edificando mi felicidad y mi progreso espiritual.

Prólogo

Hace unos años, durante una breve estancia en Buenos Aires, tuve la suerte de conocer a Alejandro Guillermo Roemmers. Yo les había comentado a mis primos François y Jean d'Agay, sobrinos de Saint-Exupéry, mi intención de seguir las huellas de los pilotos franceses, pioneros de la Aviación en la Patagonia y algunos países de América Latina, y fueron ellos los que me dieron su contacto. Lo llamé nada más llegar a Argentina y quedamos para cenar. Conversamos durante horas y fue en ese primer encuentro cuando oí hablar por primera vez de *El regreso del Joven Príncipe*.

Al día siguiente, y ya con un ejemplar de la obra en mis manos, inicié mi largo viaje por la Patagonia y los Andes.

Nada más abrir el libro —primera edición argentina— encontré una introducción de Frédéric d'Agay, sobrino nieto de Saint-Exupéry, y en aquel momento presidente de la Fundación Antoine de Saint-Exupéry, que dice: «Alejandro Roemmers conservó su alma de niño, y cuando encontró a ese Principito en Argentina, quiso contárnoslo en su obra y llamar nuestra atención sobre la poesía y lo esencial... Correspondía a un argentino ofrecernos su comprensión de *El Principito*, ya que logró retener las enseñanzas de este libro, sobre el camino de la espiritualidad. Esta obra es un lazo *exuperiano* hacia los demás».

El autor ha llevado a cada una de las páginas de *El regreso del Joven Príncipe* una frase de ayuda que nos acerca a la felicidad y al verdadero sentido de la vida. Pero no solo a las páginas de su libro. El mensaje de Roemmers reconocido poeta y hombre de negocios también llega de su

propia voz a escuelas, colegios, universidades, bibliotecas... en donde es invitado a exponer sus ideas o a presentar su obra.

Alejandro Roemmers promueve, por todo el mundo, su filosofía de vida y su manera de sentir: gracias a la educación, a la fe, al coraje y a la abnegación es posible salir de la tristeza, la miseria, el analfabetismo y el escepticismo. Y hace particular hincapié en la idea de vivir el amor, en el sentido más amplio, para poder enfrentar la pérdida de valores del mundo actual.

Este libro nos cuenta cómo el viaje del Joven Príncipe por los paisajes desoladores y desérticos de la Patagonia proporciona a un adulto privilegiado la oportunidad de dialogar con un adolescente, que se encuentra en medio de la nada. Un Joven Príncipe que lo obliga a ir más allá del prejuicio al plantear de la manera más sencilla y comprensible las preguntas filosóficas más trascendentales. Un «interrogatorio» existencial que se convierte en un viaje iniciático para la juventud y en un retorno a las fuentes para los adultos que se encuentran desorientados.

Por momentos, *El regreso del Joven Príncipe* parece una suerte de catecismo moderno, escrito en el siglo XXI por un hombre llevado por la ambición de un gran cambio, en una sociedad que rechaza estructuras políticas inadaptadas, y que no apuesta por un sistema educativo capaz de promover un mensaje de esperanza.

A través de su héroe, el escritor poeta nos recuerda que otros hombres, como aquellos que dieron gloria a la Aeropostal y sobre todo a su gran piloto, Antoine de Saint-Exupéry, marcaron con su coraje, con su abnegación, con su visión del mundo y a veces hasta con su vida, la dirección del camino a seguir.

Este libro nos devuelve lo que nunca debimos abandonar: el amor por el prójimo, la fraternidad, la educación, la familia..., valores que consolidan a las sociedades civilizadas.

El regreso del Joven Príncipe ilumina nuestro camino, y nos ayuda a impulsar la magia del amor y su capacidad para cambiarlo todo.

Bruno d'Agay
Familiar de Antoine de Saint-Exupéry

Unas palabras a modo de introducción

En un mundo devastado por la guerra, que iba perdiendo aceleradamente la inocencia y la alegría de vivir, un intrépido aviador francés, Antoine de Saint-Exupéry, escribió un libro, *El Principito*, que no tardaría en convertirse en el símbolo universal de estos valores perdidos.

La tristeza y la desilusión de Saint-Exupéry, frente a una época que parecía olvidar la sencillez del corazón y la espiritualidad esencial del hombre, fueron probablemente, más que cualquier ráfaga enemiga, las causantes de su temprana desaparición durante una misión de reconocimiento en el Mediterráneo.

Como muchos otros que han leído *El Principito*, compartí la pureza de su mensaje y me entristecí junto con Saint-Exupéry cuando ese niño, que había llegado a lo más profundo de mi corazón, se vio obligado a regresar a su asteroide.

No comprendí hasta algún tiempo más tarde que el odio, la incomprensión, la falta de solidaridad, la visión materialista de la existencia y otras tantas amenazas le habrían impedido vivir en nuestro planeta.

Muchas veces me he preguntado, tal vez como tú, qué habría sido de ese niño tan especial si hubiera seguido viviendo entre nosotros. ¿Cómo habría sido su adolescencia? ¿Cómo habría podido preservar intacta la frescura de su corazón?

He tardado muchos años en encontrar respuestas a estas preguntas y es posible que las respuestas halladas solo tengan validez para mí. Pero también pueden servir —y eso

espero— para iluminar en parte el camino al niño que lleva dentro cada uno de nosotros.

Por eso me atrevo a escribirte, mi querido lector, en el comienzo de un nuevo siglo y un nuevo milenio, con una visión más positiva de nuestro tiempo, para que no estés tan triste.

Siento no poder satisfacer tu curiosidad si estabas esperando una fotografía, hace muchos años que no llevo cámara fotográfica o de vídeo en mis viajes, especialmente desde que noté que mis amigos se concentraban tanto en las imágenes, que dejaban de prestar atención a mis relatos. Sin embargo, he querido incluir algunos dibujos, para que no consideres este relato demasiado serio. Después de varios intentos que no hubieran satisfecho ni a un adulto ni a un niño, me decidí a solicitar la ayuda de mi buena amiga Laurie Hastings, para recrear algunos de los momentos que recuerdo con más intensidad. No permitas que sus trazos afecten a tu imaginación, puesto que Laurie no ha estado en la Patagonia ni ha conocido al misterioso joven de este relato, pero tal vez te ayuden a ver a través de mis palabras cómo el Principito pudo ver al cordero a través de la caja...

También espero que disculpes, querido lector, la inclusión de pensamientos y reflexiones que surgieron en el momento de los hechos, y cuya existencia he querido respetar al transcribirlos.

Dicho todo esto, voy a contarte ahora lo sucedido tal como ocurrió.

Si te sientes solo, si tu corazón es puro, si tus ojos todavía guardan el asombro de un niño, quizá descubras al leer estas páginas que te sonríen otra vez las estrellas y puedas oírlas como si fuesen quinientos millones de cascabeles.

Capítulo 1

Viajaba solo en mi automóvil por una solitaria carretera de la Patagonia, tierra que debe su nombre a una tribu de indígenas que, supuestamente, se distinguían por tener sus pies desproporcionadamente grandes, cuando de repente vi, a un costado del camino, un bulto de aspecto extraño. Instintivamente aminoré la marcha y con asombro, descubrí que un mechón de cabellos rubios asomaba por debajo de una manta azul que parecía envolver a una persona. Detuve el coche y, al salir, quedé totalmente asombrado. Allí, a centenares de kilómetros del pueblo más cercano, en medio de un páramo en el que no podía verse ni una sola casa, ni una verja, ni un árbol, un jovencito dormía plácidamente sin la menor preocupación en su rostro inocente.

Lo que había tomado equivocadamente por una manta era en realidad una larga capa azul con charreteras, que por momentos dejaba ver su interior púrpura, de la cual surgían unos pantalones blancos, como los que usan los jinetes, introducidos en dos relucientes botas de cuero negro.

El conjunto confería al muchacho un aire principesco, incongruente en aquellas latitudes. La bufanda de color trigo que ondeaba al descuido en la brisa de primavera se confundía a veces con sus cabellos, lo que le daba un aire melancólico y soñador.

Me quedé allí parado un rato, perplejo ante lo que para mí representaba un misterio inexplicable. Era como si hasta

el viento, que descendía desde las montañas formando grandes remolinos, lo hubiera esquivado con su polvareda.

Comprendí de inmediato que no podía dejarlo dormido, indefenso en aquella soledad, sin agua ni alimentos. A pesar de que su aspecto no inspiraba temor alguno, tuve que vencer una cierta resistencia para acercarme a aquel desconocido. Con algunas dificultades, lo tomé entre mis brazos y lo deposité sobre el asiento del acompañante.

El hecho de que no hubiera despertado me sorprendió tanto, que por un momento temí que pudiera estar muerto. Pero un pulso débil aunque constante me reveló que no era así. Al volver a dejar su mano lánguida sobre el asiento, pensé que, de no haber estado tan influido por las imágenes de seres alados, habría creído encontrarme en presencia de un ángel descendido a la Tierra. Luego me enteraría de que el muchacho estaba exhausto y al límite de sus fuerzas.

Cuando reanudé la marcha, pasé un largo rato pensando cómo los adultos, con sus advertencias para protegernos, nos alejan de los demás, a tal punto que tocar a alguien o mirarlo a los ojos provoca una incómoda aprensión.

—Tengo sed —dijo de pronto el muchacho, y su voz me provocó un sobresalto, porque me había olvidado casi por completo de su presencia. A pesar de que lo había dicho en voz muy baja, el sonido de su voz poseía la transparencia del agua que estaba pidiendo.

En viajes largos como aquel, que podían durar hasta tres días, siempre llevaba en el coche bebidas y algo de comida, para no tener que detenerme más que para cargar combustible. Le di una botella, un vaso de plástico y un sándwich de carne y tomate envuelto en papel de aluminio. Comió y bebió sin decir palabra. Mientras lo hacía, mi cabeza iba poblándose de preguntas: «¿De dónde vienes?», «¿Cómo has llegado hasta aquí?», «¿Qué estabas haciendo ahí, tendido en la cuneta?», «¿Tienes familia?», «¿Dónde están?», etcétera, etcétera. Por mi naturaleza ansiosa, rebo-

sante de curiosidad y de deseos de ayudar, todavía hoy me asombra haber sido capaz de permanecer en silencio aquellos diez interminables minutos, mientras esperaba que el joven recobrara las fuerzas. Él, por su parte, se tomó la bebida y la comida como si fuese lo más normal del mundo que, tras yacer abandonado en medio de un paraje semi-desértico, apareciera alguien para ofrecerle algo de beber y un sándwich de carne.

—Gracias —dijo al terminar, antes de volver a apoyarse en la ventanilla, como si bastara con aquella palabra para disipar todas mis dudas.

Al cabo de un momento me di cuenta de que ni siquiera le había preguntado adónde se dirigía. Como lo había encontrado en el lado derecho de la carretera, había dado por supuesto que viajaba en dirección al sur, pero en realidad lo más probable era que estuviese tratando de llegar hasta la capital, que se hallaba hacia el norte.

Resulta curiosa la facilidad con la que asumimos que los demás deben ir en el mismo sentido que nosotros.

Cuando volví de nuevo la mirada hacia él, era demasiado tarde. Otros sueños lo habían llevado muy lejos de allí.

Capítulo 2

¿Despertarlo? No, debíamos avanzar; el sentido, norte o sur, carecía de importancia.

Aceleré. Esta vez no malgastaría demasiado tiempo y vida preguntándome qué dirección tomar.

En estos pensamientos andaba sumido cuando, transcurrido un largo rato, sentí de repente que un par de ojos azules me observaban con curiosidad.

—Hola —saludé mientras me volvía por un instante hacia el misterioso joven.

—¿En qué extraño aparato estamos viajando? —preguntó paseando su mirada por el interior del vehículo—. ¿Dónde están las alas?

—¿Te refieres al coche?

—¿Coche? ¿No puede despegarse de la Tierra?

—No —respondí, con mi orgullo un poco herido.

—¿Y no puede salir de esta franja gris? —inquirió señalando con sus dedos el parabrisas, a la vez que me enfrentaba a mis limitaciones.

—Esta franja se llama carretera —le expliqué, mientras pensaba: «¿De dónde ha salido este muchacho?»—. Y si saliéramos de ella a esta velocidad, nos mataríamos.

—¿Son siempre tan tiránicas las carreteras? ¿Quién las inventó?

—El hombre.

Responder a cuestiones tan sencillas se me hacía inmensamente complicado. ¿Quién era aquel joven radiante de inocencia que sacudía como un terremoto el sistema de creencias que yo había heredado?

—¿De dónde vienes? ¿Cómo has llegado hasta aquí? — le interrogué, encontrando en su mirada algo que me resultaba extrañamente familiar.

—¿Hay muchas carreteras en la Tierra? —preguntó él sin hacer el menor caso a mis palabras.

—Sí, innumerables.

—Yo he estado en un lugar sin carreteras —dijo el misterioso joven.

—Pero allí la gente se perdería... —señalé, al tiempo que sentía que crecía más y más mi curiosidad por saber quién era y de dónde procedía.

—Cuando no hay carreteras en la Tierra —continuó él imperturbable—, ¿la gente no piensa en buscar orientación en el cielo? —Y miró hacia arriba a través de la ventanilla.

—De noche —reflexioné— es posible guiarse por las estrellas. Pero cuando la luz es muy intensa, correríamos el riesgo de quedarnos ciegos.

—¡Ah! —exclamó el joven—. Los ciegos ven lo que nadie se atreve a ver. Deben de ser los hombres más valientes de este planeta.

No supe qué responder y el silencio nos envolvió mientras el coche continuaba su marcha por la tiránica franja gris.

Capítulo 3

Al cabo de un rato, suponiendo que no había respondido por timidez, decidí insistir:

—¿Qué te ha pasado? Puedes contármelo. Si necesitas ayuda, te la daré.

Sin embargo, el joven continuó en silencio.

—Puedes fiarte de mí. Dime cómo te llamas y qué problema tienes —continué sin darme por vencido.

—¿Qué problema...? —respondió al fin.

Traté de facilitar las cosas con una sonrisa, para que se sintiera más cómodo.

—Si apareciste tendido en mitad de la carretera, en medio de la nada, es evidente que tienes algún problema.

Tras un momento de reflexión, me sorprendió con una pregunta:

—¿Qué es exactamente un problema?

Sonreí, creyendo que lo había dicho irónicamente.

—¿Qué es un problema? —insistió, y me di cuenta de que esperaba una respuesta. Sorprendido todavía por su reacción, pensé que tal vez yo no hubiera comprendido la pregunta.

—*Problem, problème...* —dije en otras lenguas, a pesar de que la palabra sonaba más o menos igual en todas ellas.

—Ya he oído la palabra —me interrumpió—. Pero ¿podrías explicarme qué significa?

En vano traté de extraer de mi memoria la definición que contiene el diccionario, sorprendido por el hecho de que, en un mundo rebotante de problemas, un adolescente no se hubiera tropezado aún con el concepto. Al fin, al